

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NUMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NUMERO ATRASADO, 30 CENTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas.
 { trimestre..... 2,50
 { año..... 10

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS { Un trimestre..... 3 pesetas.
 { semestre..... 6
 { año..... 12

DONDE SE VERÁ CÓMO SANCHO PANZA

ha recibido curiosas y sabrosas noticias de aquí y de acullá

—Tengo mucho que contar á vuesa merced, mi señor.

—Habla, que te cigo.

—Pues si vuesa merced aguza sus orejas, yo avivaré la sin hueso; esto es, la lengua, que hoy la tengo expedida, y aun me pienso, sin que esto lo tenga por vanagloria, que con sus miajitas de gracia, y así Dios me salve.

—Vamos, hombre, no hagas larga la promesa, que luego ha de resultar pequeño el cumplimiento.

—Pues habrá de saber vuesa merced que andaba yo cavilando en mis trapisondas electorales por salir diputado en la insula Barataria, donde guardan de mí buen recuerdo, y donde mis amigos hacen cuanto está en sus manos hacer para que no me lleve ventaja Fernando Soldevilla, á quien Sagasta hizo gobernador, como á mí el duque, y pienso que no le ha de ir á Soldevilla como á mí me fué, por más que él es cachazudo, simplonazo y bonachón, ni más ni menos que yo...

—Basta, maldito, ¿es esta claridad y orden para tu historia? ¿Piensas que haya quien tenga paciencia al oírte? ¿No ves que el narrador ha de ser breve, y ha de hablar con lisura, refiriendo sencillamente lo que haya de referir, sin recargar su relato con divagaciones y simplezas?

—Bueno, pues voy al cuento; mejor digo, á la historia. Estaba, como he dicho á vuesa merced, cavilando en lo que he dicho, y manos á la espalda, barba apoyada en el pecho y con los ojos fijos en el suelo, me paseaba de una á otra parte por el campo, cuando llegóse á mí un tal D. Cual... que me dijo:

—¿Sabe vuesa merced si vive en Madrid un cierto D. Sancho Panza, gobernador que fué de la insula Barataria?

—Como vuesa merced hubiera venido buscando un tesoro; por afortunado podría darse... porque ese don Sancho, porque vuesa merced pregunta, yo soy con toda certidumbre, y mire de decir presto qué es lo que tuviere que mandarme, porque estoy con muchos y muy graves entretenimientos, y no me queda tiempo ni para mirar las pulgas que atrape entre pulgar y meñique. Entonces, el forastero quedóse un buen espacio mirándome con gran asombro, como si hubiera yo sido la ternera de tres cabezas, ó Maura en el Círculo de San José, y me dijo:

—Pues sepa vuesa merced que le traigo carta de Mac-Kinley.

—Venga—repliqué—y cogiendo un papel que aquél tenía en sus manos, abríle, pasé por él la vista y respondí tirando el papelillo al suelo y volviendo las espaldas al mensajero.

—Pues para este mandado podríais vos haberos quedado allá ó acullá, y os habríais ahorrado el gasto y las molestias del viaje.

—¿De cuándo acá sabes tú leer, Sancho?

—Si no sé jota.

—¡Entonces!

—Pues como sabía de quién era la carta, sospechaba lo que en ella venía escrito. Que acabásemos la guerra

y que ya el informe sobre lo del *Maine*, pasaría á otra de las seiscientas sesenta y seis mil novecientas nueve comisiones llamadas á dar informe sobre si fué por de dentro ó por de fuera la explosión.

—¿Entonces cuento con que no tendremos guerra?

—¡Ay señor! y qué cándido es vuesa merced. Parece vuesa merced más tonto que D. Rafael de Mesa y Mena, escudero andante de D. Waleriano Weyler... De modo, que vuesa merced piensa que la guerra está por hacer entre España... y los Estados.—*Podridos*, digo podridos... por no decir...

—Sí, hombre, ya te endiendo... A no llegar á taparte la boca á tiempo lo sueltas... Pues bien, la guerra... podrá venir... pero hasta ahora no la hay.

—¿Con que no? Vuesa merced no conoce el plan de los de la vista baja?

—No, ciertamente. ¿Cuál es su plan?

—Jorobar... señor mío. Jamás hubo un pueblo que con un enemigo usara de mayor vileza. Ellos han levantado de cascos á los imbéciles filibusteros para que España se quebrantase y perdiese dinero; ellos han venido favoreciendo la insurrección; ellos, en fin, han tomado por modelo el arte de lidia de un toro. El tal informe son los pases de muleta... ¡pero ay del día en que nos enseñen el estoque! Vuelan, y entonces si que no quedará uno para averiguar si fué explosión por de dentro ó por de fuera.

—¿Sabes que me va pareciendo que tienes razón?

—Ahora cae en ello vuesa merced.

—Me es tan difícil creer que existan seres tan hipócritas y tan miserables, Sancho, amigo.

—¡Pues no era necesaria gran perspicacia ni olfato muy fino para comprender la maña de esos pícaros! Nosotros somos unos mentecatos. ¡Depender nuestros negocios todos como pueden depender los de un individuo, depender, digo, del fallo de una causa! Se sigue causa criminal á toda la nación, repugnante hecho! Sospechar que un pueblo puede cometer felonía tan odiosa como la de la voladura del *Maine*... Pues aquí nos tiene vuesa merced tan temerosos, esperando el fallo. Eso sí, nos entretenemos con las elecciones. Pronto se romperán los huevos y saldrá de la urna la nueva pollada.

—Con poco respeto hablas, Sancho, de todas estas cosas.

—¡Cómo he de hablar, señor! ¿Pues pensó jamás vuesa merced que las Cámaras hayan de ser otra cosa que una especie de teatro moderno que se ha de abrir para poner en escena una obra más desdichada que *La noble y rica Pastora*?

—No es cosa de juego, Sancho, no es cosa de juego.

—Pues qué, ¿han servido en estos tiempos que corren, han servido para algo las Cámaras?

—Si llega el informe del *Maine*, ya verás cuán pronto las Cortes...

—¿Las Cortes?... ¡El pueblo! Por lo demás el informe será cobarde, una villana acusación, poco terminante... Ah, pero colmarán nuestro aguante, y el pueblo, no las Cámaras, recitará aquella décima de Bernardo López García:

¡Guerra! gritó ante el altar
el sacerdote con ira...

SÍNTOMAS DE MUERTE

El pánico se deja sentir en la Bolsa, los cambios si-guen subiendo de una manera aterradora, nuestros valores bajan en proporciones alarmantes, el hambre extiende sus alas por toda España. Estamos arruinados—se oye exclamar á los hombres de negocios.—Estamos perdidos—dicen los agricultores.—Así no hay industria posible—murmuran nuestros industriales.—Pan y trabajo—gritan las muchedumbres, desafiando las bayonetas de la Guardia civil.—Esto se va, no tiene remedio, no tiene componenda—afirman por lo bajo los mismos políticos que á la sombra de la monarquía han vivido y prosperado.—¡Buena la hemos hecho!—dirán para sí los prohombres de la restauración saguntina.

La intranquilidad, la desconfianza, la incertidumbre, la duda en el mañana se adivina fácilmente en todos los actos, en todas las palabras de los que por ocupar elevadas posiciones políticas dentro de la monarquía, pueden estar mejor enterados que nadie de la gravedad, de lo difícil de las circunstancias.

Se cantó el *Te Deum* en todas las iglesias de España por una pacificación comprada á unos cuantos cabecillas tagalos con ochocientos mil duros pagados al contado, y ahora resulta que no hay tal pacificación.

Se anunció que la autonomía y el general Blanco acabarían con la guerra de Cuba, y hoy, como en tiempos de Weyler y de Martínez Campos, los insurrectos luchan por la independencia y estamos haciendo sacrificios superiores á nuestras fuerzas, persuadidos de que á la postre han de resultar completamente estériles.

Creyóse imposible ni la probabilidad remota de un rompimiento con los Estados Unidos, y hoy, cuando ya no nos quedan fuerzas, cuando media España se está muriendo de hambre y la otra media no vive, ni con mucho, en la holgura que antes vivía, cuando después de habernos costado muchísimos millones, de que hoy no podemos disponer, no parecen los barcos de guerra que debieron adquirirse con aquel dinero, que no se sabe dónde fué á parar; hoy, repetimos, á las puertas de la bancarrota, viendo los preparativos que los Estados Unidos hacen, observando la marcha de los asuntos de Cuba, leyendo la prensa yankee, teniendo en cuenta las vacilaciones, los temores mal ocultados, las incertidumbres de nuestro Gobierno, á nadie se le ignora que antes de muy poco tiempo tendrá España que optar entre una guerra con dicha República, ó la evacuación por nuestro ejército de la isla de Cuba.

¿Para esto se dió el golpe de Sagunto?

¿Para esto vino la monarquía? ¿Para esto se nos ha perseguido á los republicanos y se nos ha tachado de enemigos del bien de España?...

Imposible ya ocultar la gravedad de las circunstancias; ya no vale mentir, ya no cabe engañar, ya la ficción y el disimulo resultan ineficaces. El pulso no engaña á los médicos, el termómetro no miente, y por la Bolsa y por los cambios pueden apreciar hasta los más torpes el número de pulsaciones, los grados de calentura de esta situación, y convencerse de que ya es imposible la vida en España.

DON QUIJOTE



—[Mi general, mucho cuidado con los carabao!



Con las manos en la masa.



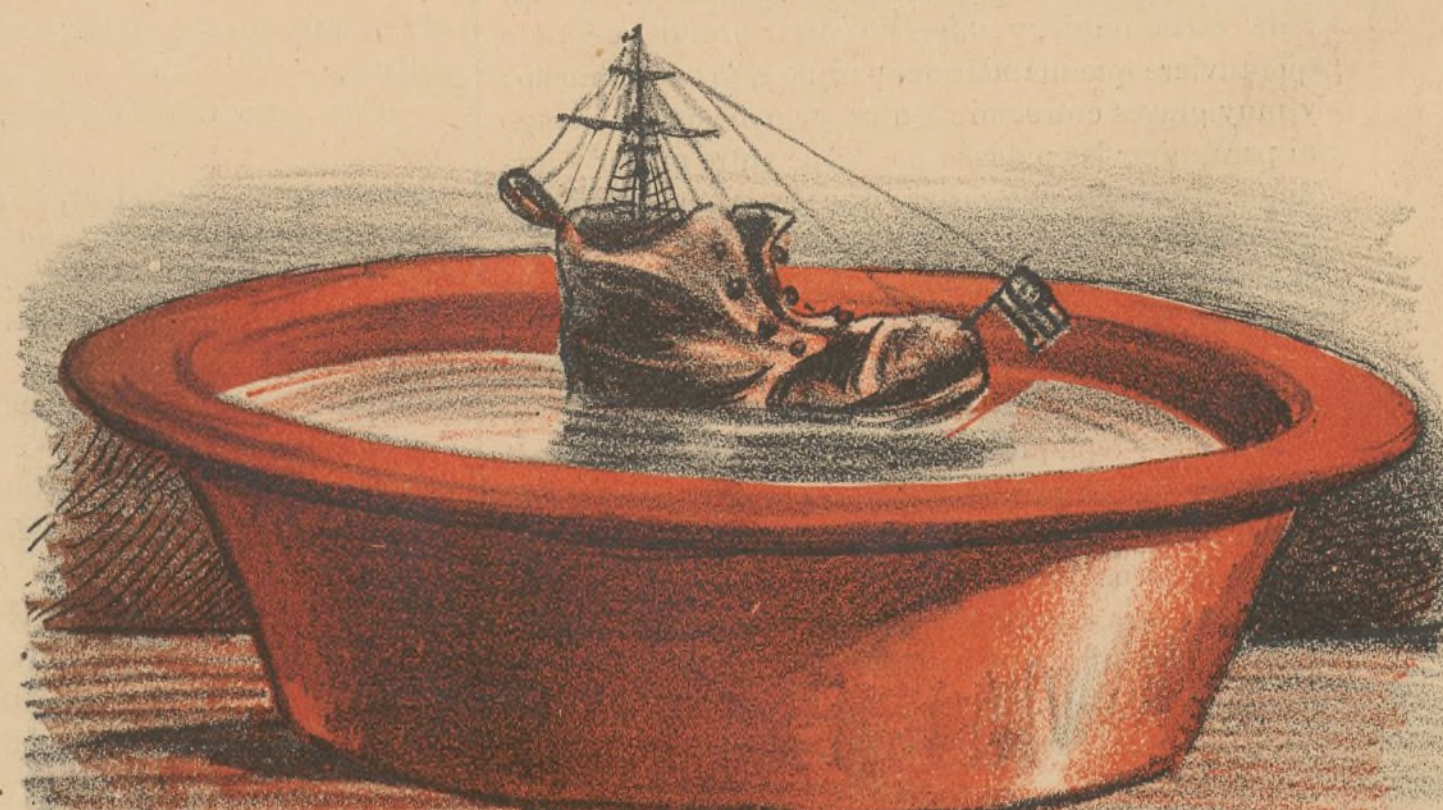
[Cudiao, no te se disparen!



[De eterna Cuaresma!



[Nadie se acuerda de mí!



La escuadra norteamericana.



—Hermano, haga la caridad de un voto para este candidato independiente.



A gusto en el machito

HERÁLDICA

A Miguel Sawa.

Yo he visto en un escudo
de nobiliaria casa,
una avejilla presa
de un halcón en las garras.
Su bondadoso dueño
me dijo que expresaba,
el avejilla el mundo
y el halcón nuestra raza.

.....

.....

A solas, evocando

las glorias de mi patria,

me pregunto á mí mismo...

¿dónde tendió sus alas

el bravo halcón que al mundo,

retuvo entre sus garras?

FRANCISCO VILLAESPESA.

QUISICOSAS

En la guerra de Cuba, pueblo ibero,
has demostrado tu valor con creces;
mas si te insulta el yankee, da el primero,
porque el que da primero da dos veces.

* *

—Como de la elección se acerca el día
y me han dicho que tiene voto usted,
vengo á pedirle el voto.

—Votaría...

si pudiera botar á quien yo sé.

* *

—¿Quién es ese que ha pasado?

—Un futuro diputado;

un encasillado ¿estás?

—Pues si le han encasillado...

¡boca abajo los demás!

VICENTE RUBIO.

EL HAMBRE

Hela ahí que se extiende por toda la Península. Asumió primero su faz de esqueleto en la feraz Andalucía, para demostrar cuán poco vale la fertilidad natural ante el abandono, la desidia y las torpezas de los hombres. Corrióse luego á nuestras risueñas costas levantinas, favorecida por uno de los azotes que nos distingue esa Providencia á la que aquí todo se fia. Ahora reina en Segovia, en Salamanca, en Burgos, en Valladolid, en el corazón mismo de esa Castilla, á la cual llamaron nuestros mayores el granero de Europa, frase arrogante que, como tantos otros de los tópicos de nuestra nacional retórica, resulta hoy amargo sarcasmo.

Los partidarios de lo pasado están de enhorabuena. La Edad Media renace. Tenemos frailes, guerra, fanatismo, inquisición. Sólo faltaba el hambre para completar el cuadro. Ya está el cuadro completo. Restará á lo sumo que la peste bubónica tenga al fin el capricho de pasearse por Occidente y aquí se ensañe en nuestra hambrienta población rural, en nuestras ciudades sucias, abandonadas, desprovistas de toda higiene. ¡Entonces sí que las gentes piadosas podrán creerse transportadas á los mejores tiempos de la caballería y de la fe!

Si hay alguna diferencia entre las hambres medioevales y la que ahora aquí se inicia, es solo la de que aquellas eran naturales, fruto exclusivo de la ignorancia y del atraso, en tanto que esta de ahora es, en buena parte al menos, obra de arte, hecha ex profeso y engendrada con deliberado propósito. No ha de ser el hambre de condición distinta que sus otras hermanas en reacción. Tampoco es hoy la piedad sincera la que sustenta el monarquismo, ni el celo religioso el que ha restablecido la inquisición. Esta Edad Media que ahora el reaccionarismo despierta, es una Edad Media de guardarropía, que se parece á la auténtica lo que Carlos VII á Carlo Magno, ó Pidal á Pedro el Ermitaño. Rigores del cielo en colaboración con humanas torpezas originaron el hambre. La agrava y la conserva el arancel. ¿Por dónde no había el Estado, esa providencia terrena de los españoles, de contribuir á su miseria y á su ruina?

El pan caro es el ideal de los grandes terratenientes y de los traficantes en trigo, dos clases estimabilísimas, nervio y cimiento del conservadurismo social. Figuran en la primera los latifundistas que, á beneficio de la usura y al amparo de la rapacidad fiscal, se van haciendo dueños del suelo, adquiriendo por una friolera las tierras que ponen en almoneda la quiebra de la pequeña propiedad. Compónese la segunda de estimables industriales que medran con la miseria pública y engordan con el hambre ajena. Para esos, para los opulentos, para los prestamistas, para los acaparadores, para los caciques se llevó á cabo el alza arancelaria. El pequeño propietario que no tiene para sembrar ni apenas para comer, poco ó nada ha aprovechado de la protección oficial. La prueba es que, después de ella, ha continuado en progresión creciente esa confiscación general de la propiedad que se cifra ya en la aterradora suma de cerca de millones de fincas subastadas y mal vendidas.

¡Y para eso se agrava, si no se engendra, la miseria de las clases necesitadas, con un sistema de protección rayano en el prohibicionismo! ¡Y para eso se establece de artificio una especie de socialismo al revés, en el cual, en vez de hacerse á la riqueza tributaria del hambre, se pretende que sea el hambre la que tribute á la opulencia! La necesidad de un pequeño sacrificio impuesto á cada uno á fin de conservar para todos las fuentes nacionales de la producción, es la razón única que puede invocar en su abono el sistema protector. ¿Qué conserva la protección desmedida, otorgada á los cereales? Casi exclusivamente el escandaloso monopolio de algunos. ¿Qué sacrificio impone en cambio á la gran masa del país? El de la salud y para muchos el

de la vida. El negocio social que de ahí resulta es un negocio redondo. La equidad de semejante sistema es indiscutible.

Fuera una verdad y no una farsa la protección agrícola, y todavía no sería posible mantenerla á expensas del hambre. Por interés general económico se puede imponer á todos el sacrificio: no se puede imponer la muerte. El pan no es un producto industrial como otro cualquiera. Se ha acusado con razón á la vieja Economía de que, al formular sus aforismos, que pecan más de abstractos que de falsos, no paraba mientes lo bastante, en la especial condición de cada producto. Las reglas que rigen el mercado de trigo no pueden ser las mismas que regulan el comercio de los diamantes. ¡Y el proteccionismo, enemigo de las abstracciones del economismo clásico, pretende equiparar la protección del pan á la protección del paño! Pero el pan es la vida. El pobre puede no fumar, puede no beber más que agua. Casi no se aloja; casi no se viste. Prescinde de la luz, del vino, de la carne, del aceite. Del pan no puede prescindir. La tributación indirecta, que es, para los otros artículos, en cierta manera voluntaria, es para el pan obligatoria. Le es exigida por quien tiene más poder que el fisco y más fuerza que la guardia civil: la necesidad. La paga ó muere.

Antes de sucumbir hace el hombre muchas cosas. Se degrada, pordiose, emigra, roba y mata. Desde que hay estadística, los hechos confirman la relación constante entre el aumento de la criminalidad y el del precio de los cereales. ¡Terrible tributo el que se paga en lágrimas, en sangre, en miseria y desesperación! Terrible é inútil. Si la agricultura no puede subsistir sino al amparo de un arancel que engendra el hambre, demosla por muerta. El hambre no es materia imponible. Nada sale de nada. Los que, para ponderar la necesidad de proteger á la agricultura, la proclaman primera y única fuente de la producción nacional, no advierten la paradoja en que incurren. No se protege una industria sino á expensas de otra. ¿A expensas de qué se va á proteger á la industria agrícola, si ella es el mantant casi conclusivo de la riqueza pública y privada? ¿De dónde van á salir los recursos que se apliquen? ¿En qué ignorado tesoro tiene guardado el país los medios con que remediar la esterilidad que aqueja á la única dispensadora de su prosperidad y abundancia?

Un gran desarrollo industrial podría compensar la crisis agrícola y ponernos en situación de remediarla. Pueblos hay que más aún que de los frutos de su sudor, viven de los productos de su cerebro y de sus manos. Aquí no hay que pensar en tal recurso. Veinte años de paz apenas han permitido dar un paso á la miseria industrial nacional. ¿Qué augurar de su porvenir ahora cuando, después de haber consumido todos nuestros recursos en una guerra asoladora, concentramos los desvarios de nuestra anemia en el intento de bombardear á Nueva York tomar por asalto á Washington?

AFREDO CALDERÓN.

EL CORNETA SANTURRIAS

Me acuerdo del corneta Santurrias como si le tuviera delante. Verdad es que los recuerdos de aquellos días se han grabado en mi memoria con tan enérgico relieve que no lo borraría el trabajo de un siglo. Pues bien, os digo que aquel corneta Santurrias era mozo de poca altura, cuadrado, recio y apretado como la filástica de un cable y sereno como una estatua.

No sé cómo fué con nosotros arriba en uno de los relevos de Mallona, pero el hecho es que allí le encontramos. Me alegré. Santurrias era un elemento vigoroso para las fatigas físicas y los desfallecimientos morales y no sobraba en parte alguna. Muchas de aquellas noches eternas las pasábamos juntos en el garitón que daba á Begoña, fumándose él un cigarrón como un puro y oyéndole yo embebido aquel charlar suyo pintoresco y palpitante de colorido. ¡Pobre Santurrias! Allí en los medios de la conversación, sonaba en el traidor silencio de la noche una pisada. Santurrias guiñaba un ojo, miraba con el otro en lo oscuro, se recostaba en el parapeto y disparaba. Unas veces no se oía nada, pero cuando venía del lado del Circo un juramento ó un gemido, Santurrias daba una chupada y decía, haciendo bocina con las manos:

—¡Eh, tñ! Aliviarse...

Otras veces interrogaba á la noche con sus brutalidades de estilo:

—¡Vosotros!

—¿Qué quieres?—solía decir la voz de cualquiera de los jabalies que andaban por los alrededores de la Cadena vieja.

—Soy Santurrias... ¿Sabís lo que he comido hoy?

El otro callaba.

—¿No lo sabís? Ternera.

—Así revientes con ella—respondía el gruñido.

Santurrias no se enfadaba, pero asomaba un poco sobre el parapeto y gritaba con excelente pulmón:

—Oye tú, animal... ¡viva la libertad!

El animal callaba ó disparaba. En el primer caso el grito de Santurrias parecía ser rechazado por lo noche hosca y sombría. Era que los otros sudaban de sí el despego por la libertad.

Bien; pues esto que cuento fué el día antes de que la libertad viniera río arriba como una oleada vivificadora. Hacía días que comíamos aquel pan negro con tremendas escaseces, y no era Santurrias de los que menos lo sentían, porque tenía buen diente. La noche de aquel día guardaba Santurrias entero su pan y se fué á comerlo á solas sobre el parapeto. Allí le encontré yo y me senté á su lado. Cuando iba á partir el pan nos miramos melancólicamente.

—¿Está ahí Santurrias?—dijo una voz á menos de veinte pasos, allá en lo oscuro de la nidada de los otros.

—Siempre—dijo Santurrias—¿quién eres tú?

—¿Tienes qué comer?—preguntó el otro sin con-

testar.

—Muchismo—replicó Santurrias con su lenguaje

bárbaro.

—¡Hombre, Santurrias! Pues échame un pan, que

hoy andamos muertos de hambre.

El que hablaba parecía castellano. Santurrias miró con dolor el pan que casi no se veía, hizo un esfuerzo, se puso de pie en el parapeto y dijo:

—Enciende un fósforo para que vea á donde echár-

telo, hambrón.

—Bájate, Santurrias, que te van á dar—le dije.

Brilló el fósforo y el corneta hizo el heroico sacrificio y arrojó el pan. Habían visto bien al pobre Santurrias aquellos granujas, porque se encendió el frente,

de una descarga, y el corneta se vino de espaldas sobre mí como un desplome...

Os juro que le cogí casi en el aire, con ira impondorable, con súbitas ansias de salir fuera y morder á los otros como una fiera. Se incorporó con gran coraje Santurrias y (me acuerdo de esto con frío) agarrándose al parapeto, que casi se le iba de las manos, hizo un esfuerzo horrible, soltó un taco tremendo que he olvidado, y añadió:

—¡Eh, canalla! Yo vos lo digo... ¡Viva la libertad!

Se desplomó sobre mí dando un ronquido. Nos lo llevamos ya muerto á la capilla y en ella se quedaron velándole. Yo me volví al parapeto, y allí lloré como un niño y dije para mí, porque la pena me impedía hablar, pero enderezado á aquellas buenas gentes que habían asesinado á Santurrias:

—No comeréis vosotros ese pan negro que le habéis sobado como lo comemos nosotros hace mucho tiempo, porque se os indigestaría en la conciencia, si la tuvieseis. Ya sabéis que no tenemos regalo, ni sosiego, ni comida, ni casi nada, pero ¡tampoco sabéis cuántos Santurrias quedan por aquí todavía!

FEDERICO URRECHA.

LANZADAS

Se habla de la formación de un ministerio nacional. Y la verdad, eso es ofender.

¿O es que los actuales ministros son por acaso yankees?

Ya sabemos el nombre del heroico cabo de Bolinao. Se llama José Ruiz Gómez.

Dos apellidos muy españoles.

Y que suenan mejor á nuestros oídos que estos otros dos:

Primo de Rivera.

Quienes votarán á los candidatos por Madrid.

A los ministeriales:

Los empleados de poco sueldo y menos independencia, los jugadores, los industriales... poco escrupulosos, los matuteros, toda la población maleante, pero bien quista con las autoridades.

A los conservadores:

Los jesuitas más ó menos laicos, los usureros, los agiotistas, los aristócratas de nacimiento, los toreros, los pelotaris, los empleados de Consumos (sin excluir á Limón).

Al marqués de Cabriñana:

Algún que otro inocente tendero.

A D. Rafael de la Mesa y de la Mena:

Los caballeros del Santo Sepulcro.

A los republicanos:

¡Tememos que no los vote nadie!

En la feria de Sevilla se va á exhibir un lobo manso.

¡Bah! ¡Será algún silvelista!

En un teatro de los Estados Unidos han pisoteado los yankees un trapo con los colores de nuestra bandera.

¡Ah valientes!

¡Atreverse á insultarnos á tantas leguas de distancia!

Dice un periódico que con objeto de activar las operaciones militares, se ha dividido el ejército de Cuba en «tres cuerpos».

Bueno; pues lo que hace falta ahora es «una cabeza».

¡Respiremos!

Entre el cuerpo diplomático acreditado en Washington, se arraiga cada vez más la creencia de que la paz se afianzará y no estallará el conflicto entre España y los Estados Unidos.

¡Pues de esta hecha, los diplomáticos acreditados se van á desacreditar!

¡Ya lo verán ustedes!

¡Gran liquidación!

El sindicato de los compradores de Cuba en los Estados Unidos, nos ofrecen «dejarnos» la isla por tres años, y después nos pagarán por ella 300.000 ó 400.000 ó un 1.000.000 de dollars.

¡A ver quien hace mejor proposición!

¡Que se va á rematar!

¡Adelante, señores!

¡Gran barato nacional!

El Gobierno está muy preocupado, al decir de algunos periódicos, con eso de las elecciones.

¡Bah! No comprendemos el motivo de semejante preocupación.

¡Porque con nombrar diputados de Real orden!

Libros:

Se han publicado los folletos 34 al 39 de la Biblioteca Los crímenes del carlismo, cuya lectura volvemos á recomendar á todos los liberales españoles.

Precio de cada folleto: 15 céntimos.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.